

La psicología habla de *línea de conducta infranqueable* cuando se refiere al modelo para curar cualquier adicción. Sin embargo, en el caso particular de un escritor, no existe terapia que surta efecto. Especialmente, si su adicción lo ha llevado no sólo a escribir, sino al infinito placer de descubrir el mundo de los libros.

No niego que mayúscula fue mi sorpresa cuando don Fernando, me invitó a presentar este enjuto y casi mal alimentado volumen, homónimo del autor en ese sentido. Y entender que en esa precariedad, casi de libro de bolsillo revelaba algo que otros tantos robustos best sellers con toda su maquinaria no son capaces de avistar. Me refiero a la sencillez. Hilo conductor que recorre cada cuento, dándole la flexibilidad necesaria para enfrentar los avatares de un itinerario muchas veces ingrato. Porque el hombre es su espejo, ese hombre vulnerado y vulnerable, tímido niño que corre por Curepto y que a poco andar se enfrenta a la miseria, la mezquindad, la injusta distribución.

Un suicidio común, que comparto en gran medida con el hombre, el ser humano que esté presente en ese Quilodrán escritor sensible, quien a través de Nicolás Avendaño se propone inventar algo simple y que estuviera íntimamente relacionado con el hombre. Cito - *Me habría gustado, por ejemplo, inventar un zapato, pero ya estaba hecho.* Luego insiste: *Por ese entonces me desvelé mucho pensando que haría. Escribí una lista de necesidades (del hombre) no satisfechas. Alcancé a diez mil y me detuvo el cansancio.* No obstante, descubre algo esencial. *Primero: yo inventé un aparato para medir la intensidad de la vida. Segundo: para eso tuve, antes, que descubrir que la vida tiene grados de intensidad.* Intensidad que sin embargo, no tiene nada que ver con este modernismo atroz. Cito: *Nos son más familiares las alas de acero o aluminio que surcan el telón azul del cielo, que las delicadas, y plumas, de los pájaros que la naturaleza sembró sin otro modelo que las leyes de una gracia intuita.*

Este es el verdadero vuelo del libro, el que reconoce ese equilibrio precario privativo de todo ser vivo, que palpita más allá de la rutina, de la máscara, del dinero y de la estructura que lo corrompe, aniquila y reproduce. Aquí es dónde Quilodrán se encuentra a sí mismo y a otros. Sus iguales, sus compañeros, camaradas de una ruta atiborrada de huellas que se pierden en el oleaje. Porque donde hubo un océano, ahora existe una carretera, una ciudad capital. Encargada de indisponernos a todos. Cito: *Cierro la ciudad y me evado de ella. Tal evasión tiene dos formas posibles. Mediante la una, es conmigo con quien me encierro a conversar, a mí a quien sirvo los alimentos de la vigilia y el sacrificio. Mediante la otra, es en medio de las callejuelas, al borde del río, en el interior de las plazas, al fondo de los pasajes o transitando en sus avenidas en donde voy a encontrarme. Encontrarme con los otros, ciudadanos igual que yo manchados de olvido.*

Da igual si estamos en Santiago de Chile, Atenas o Bielorrusia, la vida pasa por encima de todos sin miramientos o con esa despiadada ceguera de quien, por indiferencia no quiere reconocer que algo sucede. Cito: *Lleva en su mano unos ramilletes de flores pobres y las ofrece a los que pasan. Alguno que otro le pregunta algo. Nadie le compra, sin embargo, y no por el alto precio - que no lo es- sino por la extrema humildad de la mercancía.*

Pienso... Yo llevo dinero. Mucho más de lo que necesito y con seguridad infinitamente más del que merezco. Voy a darle un rublo. Pero sería poco. Cinco sería

"Un suicidio común" de Fernando [manuscrito] Ricardo Rojas Behm.

AUTORÍA

Rojas Behm, Ricardo, 1961-

FORMATO

Manuscrito

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Un suicidio común" de Fernando [manuscrito] Ricardo Rojas Behm. 3 hojas : 27 x 21 cm.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile